
Nadine D'Orange

Marguerite Duras

Fue después del “interrogatorio” de André Berthaud retransmitido por la televisión, cuando fui a ver a su mujer. Esperé una hora detrás de su puerta, ella no quería abrir, me echaba, estaba escondida por el espanto y el horror. Luego abrió. Hablamos mucho. Mientras hablaba, ella escuchaba los ruidos de la escalera, y de nuevo la policía — me acuerdo de la imagen: el hombre de los locales de la calle Saussaies, pegado al muro, a la luz de los reflectores, los ladridos de los policías, la codicia, se los repartían entre ellos como un festín. Vas a decirlo, ¿verdad? dilo... Di que los has cobrado... cerdo... Dieciocho años después, la cosa aún está ahí, intolerable. Pidió ir al wáter, y allí se hundió el cortaplumas en el corazón, él que no sabía nada, supo hacerlo. Me acuerdo del efecto de esta noticia, la misma noche, por televisión. La ira de la gente y, de pronto, su negativa a ser manipulada, su negativa a tragarse la versión de la policía, según la cual A. Berthaud se había suicidado, precisamente porque era culpable. Gran derrota de la policía, según la cual A. Berthaud se había suicidado, precisamente porque era culpable. Gran derrota de la policía, este asunto.

Ahora, del mismo modo que cuando tuvo lugar el acontecimiento, veo el gesto de A. Berthaud no como la única respuesta de la que disponía, sino sobre todo como una simple negativa a responder, es decir a empezar a participar en la comedia asesina de la policía. Su retraso mental, aquí, es beneficioso: morirá como ha decidido. Sí, aquella noche, de pronto, nadie en los locales de la policía, se acabó el “trabajo”, están solos, han sido “ellos”, “engañados”: el hombre ha muerto. El amor entre el hombre y la niña quedará sin castigo, la muerte le ha puesto fin. Yo creo plenamente en este amor. A. Berthaud y la niña se amaron.

La revisión médica fue formal; la pequeña Nadine no fue violada. La violación hubiera podido producirse. No se produjo. Que hubiera un desplazamiento de la violación no perpetrada hacia el gesto último de

A. Berthaud, es posible, es probable —no se da un amor tan violento sin esta consecuencia del deseo— pero está ahí, para mí, la razón misma por la cual la violación fue transgredida: la fuerza del amor de la niña.

Sentimiento de que esto no me atañe, de que no atañe a nadie. No hubo violación.

Me digo de pronto que es muy raro, que los asesinos de los cuatro policías de este mes pasado (noviembre–diciembre 79) hayan sido encontrados en cuarenta y ocho horas, y que los asesinos de Pierre Goldman no se hayan encontrado aún al cabo de tres meses y medio.

*

– *¿Cómo empezó la cosa?*

– Los primos de Nadine eran amigos de mi hija Danièle. Fue así como Nadine y mi marido se conocieron. Se volvieron a encontrar todos pasando las vacaciones en Notre–Dâme–des–Monts. Se cree que hacía mucho que se conocían, pero es un error. Nadine y André no se conocieron hasta los últimos días de nuestras vacaciones entre el 31 de agosto y el 4 de septiembre. Durante estos días fue cuando se hicieron amigos.

– *¿Qué sucedió entre el 4 de setiembre y el martes 26 cuando él se fue?*

– El volvió a pasar tres días a Notre–Dâme–des–Monts sin nosotros, para volver a ver a Nadine.

– *¿Qué sucedió durante los cinco días de vacaciones, mientras estaban ustedes en Notre–Dâme–des–Monts?*

– Les entró una pasión loca a uno y a otro. Los periódicos no han dicho toda la verdad. La pequeña tampoco podía estar sin André. Dondequiera que estuviéramos, llegaba ella. Jugaban juntos, se bañaban juntos. Ella se colgaba de su cuello y entraba en el mar, así, colgada de su cuello. Él se la montaba en los hombros. Desde que se despertaba, le buscaba. Nos parece gracioso, pero hasta era cargante. Una vez, que ella pasó por casa y él había ido a bañarse a tres kilómetros de allí, tuve que enfadarme para impedirle hacer tres kilómetros a pie para reunirse con él. Dondequiera que estuviéramos, aparecía ella. Se escapaba de casa de su abuela y venía hacia André. Hubiera querido dormir y comer en casa. Dondequiera que estuviéramos, ella nos encontraba. Una vez habíamos ido a comer bajo los pinos y logró encontrarnos. André dormía. Nosotros

la echamos. Y luego André se despertó. Entonces, por supuesto, ella se quedó con nosotros. ¡Él lo exigió!

– *¿Cómo era André Berthaud con sus hijos?*

– Nos quería a los tres, a su modo, enormemente. Hubiera matado a quien hubiera tocado a sus hijos. Pero tengo que decir que nunca se había interesado por ningún niño, nunca, como se interesó por Nadine, ni siquiera por sus propios hijos. Yo nunca lo había visto así. Con Nadine fue una cosa súbita. Y lo llevó al punto más crítico desde que la vio. Tiene usted que decir, que él estaba enfermo. Que era un hombre muy violento, un hombre de vida y muerte, un hombre muy simple. Esta historia entre Nadine y él, es la de una niña de doce años que se enamora de un niño de doce años. Yo nunca hubiera podido imaginar una cosa semejante. Cuando nos fuimos de Notre-Dame-des-Monts fue terrible. Ella quería quedarse con él, y él quería quedarse con ella. Los dos lloraban. Estaban desesperados.

– *¿Decía usted que él se marchó luego para verla durante un fin de semana? ¿Fue después de este fin de semana de tres días con Nadine, cuando usted empezó a inquietarse?*

– Sí. El quería volver a ver a Nadine. Lo repetía sin cesar: “Quiero volver a ver a Nadine”. Hablaba sin cesar de la niña. Las fotos de Nadine, exigía que estuvieran por todas partes, encima del televisor, encima de la chimenea, por todas partes. Nosotros habíamos intentado quitarlas. Entonces empezó a amenazarnos, a amenazar a nuestra hija Daniéle. “Si se quita una sola foto de Nadine — decía —, Daniéle no volverá a ver a J...” (J... es el novio de Daniéle.)

– *¿Cree usted que el hecho de que Daniéle lo acompañara a Orange...?*

– Sí, estoy segura. Estoy segura de que él le dijo: “Si no vienes conmigo, no volverás a ver a J...”

– *Hábleme más de ese período que precedió a la decisión de marcharse con Nadine.*

– El quería volver a ver a Nadine, volver a verla al precio que fuera. Me hablaba de ello. “Quiero volver a ver a Nadine. No tienes que estar celosa. La quiero profundamente. Si tuviera quince o dieciséis años, comprendería que estuvieras celosa, pero de Nadine, no tienes que estar celosa”. Si no me inquieté los primeros días, es porque Nadine estaba a novecientos kilómetros de él.

– *¿Qué es lo que le inquietaba a usted en este momento?*

– Sólo tenía miedo de que fuera molestar a los padres de la pequeña, que les importunara, para volver a verla, y que hiciera que lo echaran. Nunca tuve miedo de otra cosa.

– *¿Aumentaba de día en día su pasión por Nadine?*

– Sí. Intentamos curarlo, los niños y yo. Nadine era una niña encantadora. Le decíamos: “Nadine es una morena, se le caen los dientes. Nadine es fea”. Le entraba una cólera terrible. “No hay ninguna más guapa que ella”, decía. En los últimos tiempos, durante los últimos días antes del 26 de septiembre, ya fue horrible. No dormía. No comía. No pensaba más que en la niña. Todavía intentábamos hacerle sonreír, le pedíamos que sonriera. No podía sonreír, no podía. “Si viera a Nadine —decía— la cosa iría mejor, si volviera a ver a Nadine, me curaría”.

– *¿No había nada más que le interesara en aquel momento?*

– No, nada. Ni siquiera nosotros le importábamos. Pero, ya al regresar de Notre-Dâme-des-Monts, no existía otra cosa para él. Así, por ejemplo, a su hijo Claude, que tiene doce años, quería convertirlo en campeón ciclista. Le había comprado un equipo sensacional. Todos los domingos, desde hacía años, lo llevaba a entrenarse al bosque de Vincennes. Hacía esto con pasión. Y después de su encuentro con Nadine, no volvió a hacerlo nunca más. Claude sufrió por ello. Me acuerdo: en Notre-Dâme-des-Monts, Claude echaba a Nadine y a veces incluso la pegaba para echarla, estaba celoso de ella, y es muy natural. Pero, figúrese usted, la niña se quedaba siempre y André siempre iba a buscarla. Nada podía separarlos.

– *¿No se inquietó usted, durante las vacaciones a ratz de ello?*

– No, en este momento todavía no. Era fastidioso y exasperante verlos todo el tiempo juntos prescindiendo de los demás, eso es todo. Fue después de nuestro regreso, sobre todo después del fin de semana, cuando André se vio rebasado por los acontecimientos, por una pasión que le invadía y contra la que no pudo luchar. Tuve miedo.

– *¿Y nunca tuvo usted dudas sobre la naturaleza de esta pasión de André Berthaud por Nadine?*

– Nunca. Las personas tienen malos pensamientos. No comprenden. Como son corrientes las violaciones de niños, dijeron que era una violación de niño. Yo, sabe, aunque nunca he visto nada semejante, ni siquiera la he podido imaginar, sabía que era otra cosa, con toda certeza.

– *¿Qué?*

– Es imposible decirlo. Las palabras son insuficientes. El amor, sí, pero no sólo el de un hombre por una mujer, no sólo el de un padre por un hijo. Algo más. No sabría decirlo.

– *¿Nunca tuvo miedo por Nadine?*

– Nunca, nunca vi el menor sadismo en la pasión que llevaba a André hacia Nadine. Nunca. Cuando los inspectores vinieron, siempre los tranquilicé, siempre, les juré siempre que André no podría hacer nunca el menor daño a Nadine. Aunque yo no hubiera visto jamás una cosa semejante, esta pasión que Nadine y André tenían el uno por el otro, sabía que a mi marido nunca se le pasaría por la mente hacer nada que dañara a la pequeña, nunca, nunca. Sabe usted, era un hombre un poco simple, muy bueno —hubiera regalado hasta su camisa— pero, porque era muy simple, precisamente, los vecinos lo rechazaban un poco, y la familia y los amigos también. Y cuando encontró a la pequeña, como ella era tan tierno con él, —lo buscaba sin cesar, era tan dulce— le pudo. Ella lo abrazaba como a un padre. Colgada de su cuello, ya le digo, todo el día. Era una criatura, me parece, que nunca había “sacado provecho” de su padre. Éste es piloto militar, y ella no le ve casi nunca. Por su parte también, es extraordinario. Esta historia me pareció extraña desde un principio: ahora me la explico un poco. Quizá tenían necesidad el uno del otro. En cuanto se encontraron, fue súbito, desde el primer minuto no pudieron vivir el uno sin el otro. Se vieron desbordados. Nunca habían gustado a nadie como se gustaban entre sí.

– *¿Cuál era el carácter de André Berthaud?*

– Muy simple, ya le digo, de un niño de doce años. Muy bueno. Un hijo de divorciado, educado por su abuela. Muy entero. Le entraban unos arrebatos enormes, tan enormes que si los inspectores hubieran venido a decirme que había matado durante una discusión, no me hubiera sorprendido. Pero a Nadine, nunca, nunca le hubiera hecho el menor daño. Lo que más le gustaba era el deporte, la naturaleza. Es un hombre que nunca fumó, nunca bebió alcohol, nunca nada excepto leche. Todos los domingos íbamos al bosque de Sénart o al bosque de Vincennes. Era un hombre, sabe, que cogía flores. Yo tenía pereza de agacharme para hacerlo, él, no. Ya ve como era, sin cansarse nunca, cogía flores.

– *¿Es este mismo bosque de Sénart, donde llevó a Nadine?*

– Sí, fíjese, yo tengo mis ideas respecto a lo que hicieron en este bosque. Él debió de coger flores y contarle cuentos, estos cuentos para niños muy pequeños. Le gustaban estos cuentos.

– *¿Después de su regreso de Notre-Dame-des-Monts, él escribió a Nadine?*

– Creo que sí. Sí. Escribió cartas a Nadine. Yo nunca las vi.

– *¿Había tenido usted conversaciones sobre el suicidio con él?*

– Por supuesto, como todo el mundo. Él nunca había comprendido el suicidio. Decía que, para suicidarse, hacía falta un valor enorme que no comprendía.

– *Tengo amigos que vieron la televisión aquella noche, que vieron como fue insultado y tratado por la "gente".*

– Yo no lo vi. Me contaron que estaba contra la pared, bajo la luz de unos aparatos y que le gritaban a la cara: "Vamos, dílo, tú la tocaste, ¡cerdo!", y que todos le insultaban y que él no decía nada, que tenía un rostro terrible, terrible. Yo creo que se mató porque le dijeron que era un criminal, y que había tocado a Nadine, cuando nunca, nunca le había pasado por la cabeza tocar a Nadine, nunca, podría jurarlo; y él no sabía que la gente, con sus malos pensamientos, podían acusarlo de esto sin ninguna prueba, e incluso enseñarle esta idea. Se volvió loco. Yo quisiera hacer algo. Quisiera intentar una acción contra las personas que le empujaron a cometer gesto tan abominable. ¿Cree usted que es posible?

– *No lo creo. Le aconsejo, sin embargo, que lo intente.*

– Quisiera que hablara usted de mi pequeña Daniéle que está en la cárcel de Vaucluse. He recibido cartas de sus directores y colegas de la casa donde trabaja. Todas coinciden en decir que Daniéle era una compañera encantadora, perfectamente seria, y que están dispuestos a hacer lo que sea para sacarla de allí. Era una niña, Daniéle. Por una parte, quería mucho a su padre. Por otra, temía por él, que se volviera loco, temía por sí misma, que su padre le impidiera ver a J... , el joven al que ama.

– *¿Era André Berthaud severo con su hija?*

– Mucho. Es una niña que tiene dieciocho años y medio, y que nunca ha ido al baile. Ni una sola vez. Él no quería. Él quería que fuera seria. Digamos la verdad, ella tuvo miedo. Ella quiso complacer a su padre. Ella no vio ningún mal, tampoco ella, en el hecho de ir a buscar a Nadine porque, ella, debido a la educación recibida, es aún como una niña.

Ella había ido ya con su padre a hacer traslados, una vez a Champagne, y una vez a las afueras. Yo no me preocupé. André nunca había sido tierno con su hija. Con su hijo, Claude, sí, pero con Danièle, no. Ella quiso ser amable con este padre.

– *¿Qué cree usted que habría sucedido si André Berthaud no hubiera vuelto a ver a Nadine?*

– No lo sé. Quizás, a la larga, la habría olvidado. Pero no estoy segura. No lo sé.

– Si “las gentes” no le hubieran obligado a suicidarse, le hubieran caído apenas seis meses de cárcel, ¿lo sabe usted?

– *Lo sé. La gente me lo dice. Pero, ¿qué hacer?*

France–Observateur, 1961